



DE MUJERES DESEADAS

Esta entrevista se realizó a su paso por Bogotá durante el mes de marzo del presente año, cuando participó como docente invitada en los cursos de postgrado del Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia.

A MUJERES DESEANTES

Luis Santos: Ana María, hablemos un poco de la mujer de la ilusión, pues de momento es el texto que más recoge ideas tuyas. ¿Qué es “La mujer de la ilusión”?

Ana María Fernández: Difícil de contestar eso; mucho no lo sé, pero fue un texto que me llevó mucho tiempo escribirlo, tardé como 4 o 5 años, recopilando ideas que fui desarrollando a lo largo de un total de 10 años. Su escritura me llevó mucho tiempo, es un texto con el que yo hice una relación muy fuerte y entonces me es difícil objetivarlo.

Luis: La idea es mirar quién está detrás del texto, qué ideas y experiencias mueven a la mujer que escribe “La mujer de la Ilusión” y por qué ese nombre.

ENTREVISTA CON ANA MARÍA FERNÁNDEZ

Ana María: ¿Por qué “La mujer de la ilusión”? Porque me parece que cuando estoy escribiendo ese libro pasan por mi cabeza muchas mujeres. Nunca se sabe bien si es lo que dice Foucault, “pensar ni consuela ni hace feliz”. Cuando comencé a trabajar sobre el tema de la mujer, años 77 y 78, todavía pensaba que eran otras las mujeres que sufrían la discriminación y que yo había hecho todo lo que se me había ocurrido en la vida. En cambio estos textos que empiezan a ser escritos por los años 89 y 90, dan razón de un proceso de

ENTREVISTADA: ANA MARÍA FERNÁNDEZ, psicóloga clínica y psicoanalista, profesora de Estudios de la Mujer y Técnica de Grupos de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, autora del libro “La Mujer de la Ilusión” (Paidós, 1993) y de numerosos artículos sobre la construcción social de la sexualidad femenina, psicoanálisis y feminismo, violencia y conyugalidad, y otros temas del campo de los estudios de género.

ENTREVISTADOR : LUIS SANTOS, médico y psicoanalista, profesor de Psicoanálisis en el Departamento de Psicología de la Universidad Nacional de Colombia y del Magister en Género, Mujer y Desarrollo.

toma de conciencia doloroso y radical. Tiene que ver con un proceso por un lado intelectual de lectura, de preparación de temas, de elaboración teórica. Pero también con un darme cuenta de que ser mujer no era gratis en esta vida, que había precios muy caros que pagar por no darse cuenta de la discriminación y que también habían precios carísimos cuando una se da cuenta de la discriminación.

Este texto también tenía algunas preocupaciones al interior del mundo académico de los estudios de la mujer y luego en los estudios de género, y también en relación con mi disciplina básica que es el psicoanálisis y un poco más de trasfondo, pero también un arreglar cuentas con la izquierda que no advertía los problemas de género.

La agenda de las izquierdas argentinas es una agenda un poco atrasada en este punto, así que yo quería desarrollar en el libro la idea de que las cosas son mucho más complejas que una bandera voluntaria y militante, que las determinaciones de la subordinación son de gran complejidad y que no es sólo educando a las mujeres o adoctrinándolas, o cambiando las condiciones económicas y sociales como las mujeres íbamos a mejorar en el terreno de la autonomía. Ese era el debate en mi cabeza, en mi interior, con los estudios de género y los movimientos de mujeres que a veces pecan por su voluntarismo; aunque también les agradecemos ese voluntarismo, porque son los modos en que se pueden hacer las cosas. Pero digamos que había que diferenciar los tiempos de la acción política, de los tiempos de la producción intelectual.

Otro de los temas que están en el debate del libro es en relación con el psicoanálisis. En el feminismo ha habido desde un rechazo masivo en un primer tiempo, hasta intentos de incorporación acrítica, pensando que va a ser la herramienta con qué entender la subjetividad de las mujeres. Me parece que el psicoanálisis es sumamente útil a condición de hacer una deconstrucción del sesgo patriarcal que tiene, entonces ni tirarlo ni adherir dogmáticamente a él, sino hacer una elucidación crítica de los aportes que contiene, que sin duda son fantásticos y muy útiles. La otra cuestión que está allí es tratar de ver cómo las cuestiones que aparecen como pertenecientes a la vida privada de las mujeres son también políticas y por tanto se deben incluir en la agenda tanto de los políticos progresistas como del feminismo. Esas son, más o menos las líneas de ese texto.

Luis: Que serían como tres, según se ve: una línea de genealogía, la situación de tensión entre el psicoanálisis y el feminismo, y por otro lado una línea más política...

Ana María: Sí de lo que Foucault llama la micropolítica, aplicada o pensada para los temas de género. Las tres líneas en algunos casos están en capítulos específicos, pero también están todo el tiempo mezcladas, de tal manera que se me fue armando otra cuestión en la cabeza: que para la temática de género son necesarios enfoques transdisciplinarios, para poder superar los límites de una subjetividad pensada como meramente psíquica, cuando en realidad hay que pensar en una subjetividad que pueda ser tanto interior como exterior.

Luis: Esa parte del trabajo tuyo me parece especialmente valiosa: interrogar a una disciplina como el psicoanálisis, desde afuera, echando mano de distintas teorías, al modo que tu lo planteas siguiendo la propuesta de Foucault de la caja de herramientas. Es necesario cuestionar a las disciplinas, provocarlas un poco, y en esa tensión algo se produce.

Ana María: Por supuesto que produce. Yo parto de la convicción profunda de que el psicoanálisis es una herramienta importantísima para nuestro trabajo con mujeres o para pensar las categorías teóricas. Cuando empezamos a entrecruzar las cuestiones de género con las teorías psicoanalíticas nos damos cuenta de que aquella vieja objeción de las primeras feministas tenía cierta razón: es una teoría de mucha fuerza y de mucha coherencia interna, con un implícito básico de muy difícil deconstrucción, que es la naturalización del patriarcado. Es fácil decir que naturaliza el patriarcado, pero es muy difícil deconstruir cómo lo hace y mucho más difícil aún ver cómo hacemos para producir recursos teóricos alternativos al interior del psicoanálisis. Hacer sociología del inconsciente sería mas o menos fácil; el tema es cómo producimos un instrumento alternativo del rigor del instrumento que estamos criticando. Una parte importante de mi trabajo en los últimos años ha sido alrededor de estos problemas.

Luis: ¿Cómo influyó este proceso dentro de tu práctica?

Ana María: Si ha sido bueno o no, lo tendrían que decir las y los pacientes, pero digamos

que me ha ido permitiendo escuchar de otro modo, tanto a los hombres como a las mujeres. Yo digo que soy mejor analista de varones que de mujeres, porque las mujeres empiezan a hablar y yo ya sé de que me hablan, y cuando uno entiende mucho es poco analista, mientras, como a los varones los entiendo muy poco, entonces soy mejor analista, porque tengo una pregunta que les desubica; en cambio con las mujeres tengo que retirarme del implícito de que ya sabemos lo que estamos hablando. En el caso específico de las mujeres un logro importante es que me ha permitido escuchar de otro modo sus relatos, interrogar de otro modo por qué hay ciertas cosas que están naturalizadas: la dependencia, el sometimiento, la pasividad.

A veces cuando una mujer se pasa hablándome todo el tiempo si él la llamó o no la llamó, si la miró o no la miró, si la quiere o no la quiere, puedo hacer un comentario al pasar como por ejemplo: "Cuanto hace que no me habla de su trabajo". Son intervenciones marginales, marginales porque están en el margen de una sesión y porque además están en el margen de lo que es la técnica de trabajo. Yo confío porque son disruptivas, son un chiste de pronto. Intervenciones de ese estilo me permiten no entrar en complacencia con esa queja femenina; en cambio, muchas veces la interpretación tradicional lo que hace es generar un colchón de complacencia donde las mujeres van a sufrir al diván por lo que les hacen los hombres, por su maternidad, por todo esto, y en realidad no se enfrentan al mundo. Supuestamente hasta que no vean en ese diván todo lo que les pasa, no están maduras, y a mí me parece que la

vida se hace en la vida, no en el diván.

Luis: Y entonces, ¿en vez de esa complacencia cómo caracterizarías tu propuesta de intervención?

Ana María: Un tipo de intervención no directiva, para nada, pero mucho más disruptiva con esa complacencia y esa queja, en la que no desaparece la profundidad psicoanalítica cuando hay que interpretar esa llamada profundidad. Propongo mi trabajo en una especie de cruce entre lo más inconsciente o deseante y las cuestiones de la realidad cotidiana de esa mujer. Yo creo que si uno trabaja sólo la dimensión inconsciente en las mujeres, estamos haciendo complacencia con la idea, muy extendida en las mujeres, de que su mundo importante es el mundo de los sentimientos, de los afectos.. Las mujeres tenemos que vivir en lo público también, entonces hay un modo de trabajo con aquellas mujeres que lo necesitan, que es una confrontación con su realidad, con sus formas de enfrentar la vida.

Luis: Y en el caso del hombre?

Ana María: En el caso de los varones es casi al revés. Ellos hablan de su trabajo y del dinero y todo eso, y entonces hay que enfrentarlos al mundo de la subjetividad, de los sentimientos que a ellos les parece tan poca cosa o cosa de mujeres. Recuerdo un paciente que se pasaba hablando de las cuestiones que a él le importaban, las de siempre, el trabajo, el dinero, etc. Un día al despedirnos, le voy a dar la mano y me dice: "Ah, doctora le voy a dar mi nueva dirección porque me mudo".

"Bueno", dije yo. "Sí, sí, me separo". Y no había llevado esto a sesión porque había otros problemas que tratar. Las mujeres se pasan años hablando de que se van a separar o después que se separaron. Con los varones a veces es al revés: hay que confrontarlos, ayudarlos o sostener un trámite costoso para ellos que es el tránsito por las emociones y por el registro de sus deseos; si las mujeres tienen dificultades para registrar su deseo porque deben distraerlo, pues su deseo no está permitido, los hombres tampoco tienen registro de su deseo porque como los pobrecitos son boy scouts que tienen que estar siempre listos para toda aventura que se presente, no logran distinguir cuando hay deseo y cuando no. También son prisioneros en otro sentido en esta cuestión. Frente al relato de una conquista de una mujer, preguntarle al varón por sus afectos es muy descolocante, porque es como que nunca se han planteado eso, es una pregunta insensata para ellos. Es fantástico el cimbronazo que produce una pregunta casi de sentido común.

Luis: Colocándonos en el terreno de la lógica fálica que subtiende las formulaciones psicoanalíticas sobre el deseo, cuál es para ti el estatuto de la palabra femenina en relación con su deseo?

Ana María: Lo que pasa es que yo no estoy de acuerdo con la idea de que hay una palabra de mujer que no ha sido pronunciada y todo eso, ni tampoco con esa idea que hay algo por fuera del lenguaje en las mujeres y que entonces el goce femenino sería suplementario. Me parece que son posicionamientos que están capturados en una lógica

lógica particular de la diferencia que no les permite sino pensar eso que se piensa. Me parece que no es así en el marco de la estructura psíquica inconsciente.

Digamos que muchas mujeres han estructurado su subjetividad tal cual Freud o Lacan lo describen, pero esto no quiere decir que sea una estructura inconsciente típicamente femenina. Me parece que si hay una palabra de mujer que no puede pronunciarse por la represión política; que si hay un goce suplementario por fuera del lenguaje, etc., etc., en realidad no es que esté por fuera del lenguaje, no es que las mujeres gocemos y no lo sepamos. Sabemos muy bien cuando y cómo gozamos a condición que tengamos la autonomía psíquica y política para registrarlo. Las mujeres que no pueden registrarlo es porque están en relaciones afectivas que no permiten esta posibilidad. Quiero decir: en lo que el psicoanálisis describe como universales femeninos, de lo que da cuenta es del modo en que se organiza cierto imaginario social en la subjetividad de algunas mujeres; que no en todas las mujeres es así; que en la medida en que las mujeres van desarrollando prácticas sexuales, eróticas, de lazos afectivos diferentes, van armando otros modos de organizar estos goces. Si fuera estructura las mujeres no podrían tener esas prácticas. Me parece que allí hay una captura del psicoanálisis en ciertos imaginarios sociales. Primera cuestión: lo que el psicoanálisis no ve es que esto es un precipitado socio-histórico en la subjetividad y lo da como una estructura esencialista y universal. Segunda cuestión: sin duda habrán mujeres así organizadas, pero esto no es lo que define

lo femenino sino lo que define formas históricas de subordinación de muchas mujeres, y es en ese sentido que el psicoanálisis debe revisar sus teorías, porque desde la idea que esta allí planteada las mujeres solo podríamos ser histéricas. Por otro lado quedarían por fuera de la teoría muchos de los modos de funcionar de las mujeres actuales y también de algunas abuelas. Tendríamos que ver por qué Lacan hace sinónimo feminidad e histeria. La histeria es un destino posible, y muy posible dentro de un marco patriarcal, para la sexualidad femenina. Ese modo extraviado de la sexualidad es en realidad producto y marca de la subordinación, como lo ha mostrado, por ejemplo, Emilce Dío Bleichmar en "El feminismo espontáneo de la histeria". Porque si su sexualidad no se extravía, la mujer es sujeto de deseo y habría que ver cuantos hombres se animan a ser objeto de deseo de una mujer sujeto deseante; hay que poner el cuerpo para eso.

Luis: En eso estoy totalmente de acuerdo, y yo agregaría algo: que el gran temor que hemos tenido los hombres a la mujer como deseante sigue absolutamente vigente y, como lo podemos ver en la clínica, no parece haber cambiado casi nada en las nuevas generaciones. A la mujer que se posiciona como sujeto deseante se le sigue descalificando, con todas esas connotaciones que siempre ha tenido de peligrosa, demoniaca, masculina, castradora, etc. No es difícil demostrar que ese temor está en la base de la necesidad masculina de mantener la condición de la mujer-objeto-para-el-deseo y de ahí que el deseo femenino siga siendo extraviado, histérico, como dice Lacan.

Ana María: Hay algo interesante en Lacan

cuando dice que el objetivo de la cura en la mujer sería “reenviarla desde la búsqueda del reconocimiento, al reconocimiento de su deseo”. Esto nos da la pauta para pensar que a él no le pasa inadvertida la situación. Ahora, lo contradictorio está en que si tomamos la teoría con la que él explica esta cuestión, el análisis femenino sería imposible. Para que pueda él ver en esta mujer la posibilidad de un reenvío a ser sujeto de deseo, tiene que haber algo en esa estructura que lo permita, pero esto no está explicado en su teoría; por el contrario, en su explicación la congela en un deseo histórico. Por otro lado, este “reenviarla”, no sólo supone que puede llegar a ser, sino que alguna vez lo fue.

Luis: Son sugerencias muy interesantes para una revisión crítica de las teorías sobre la identidad de género propuestas en el psicoanálisis. Ana María, Muchas gracias.
